

producción. Y una prueba de que es aquí donde puede encontrarse la solución, es esa ingente cantidad de gallineros de arquitectura industrial, vacíos de ganado, abandonados o habilitados para otros menesteres, que cualquiera puede contemplar a lo largo y a lo ancho del país. **Cantaritos rotos** donde la imaginación llegó más lejos que la realidad. Esto no se encuentra en el sector rural. La gallina no hace al amo rico, pero su cacareo sigue acompañando en su trabajo al campesino, alegrando el descanso del obrero y el artesano y prometiendo **ser mejor por San Antón**. Ni epizootias, ni escasez de piensos, ni crisis de precios parecen hacer mella en estos gallineros. Estas gallinas a nadie hacen rico, pero a nadie arruinan. ¿Por qué encaja mejor en la diversificación agraria? ¿Por qué somos un país sin excedentes agrícolas? ¿Por la condición minifundista de nuestra agricultura? ¿Por el riesgo, cada día mayor, de las grandes concentraciones avícolas? ¿Por la escasez de capital en el campo? ¿Por la irregularidad de nuestras cosechas? Por todo, este tipo de avicultura demuestra una estabilidad de que la otra carece.

Indudablemente el ingreso bruto de cien gallinas es muy superior en la avicultura industrial, pero lo mismo puede decirse con respecto a los gastos de la rural. Es inadmisibile que sea ruinoso el gallinero rural, cuando lo sostienen gentes sin capital, yunteros, artesanos y obreros. En nuestro campo se oye el cacareo de gallinas de cresta roja, alrededor de las chozas de los pastores; se ven mujeres de la más modesta condición llevando huevos al mercado para adquirir mercadería con su producto. Muchas mujeres manchegas confían la adquisición de un vestido, la diversión de una feria, el giro del soldado en filas o el dote de una hija casadera, a la producción de su modesto gallinero. Para muchas mujeres ésta es su única propiedad y éste su único recreo. Cuando le hacen el amasijo, cuando reparten la mezquina ración de grano, cuando recogen los huevos, cuando le curan la **pepita**, descansan de su cotidiana faena. En este trabajo no se consideran asalariadas, disfrutan de una posesión, quizá la única y se recrean en la contemplación de su obra.

A esta avicultura, que es la nuestra, es a la que hay que incorporar los modernos descubrimientos, sin ostentaciones ni gastos superfluos, buscando el incremento de la producción sin inversión de nuevo capital, evitando que una excesiva complicación del trabajo exija la especialización y lo haga odioso para las heroicas mujeres de nuestro agro. Avicultura artesana, sin crisis, riesgos, ni problemas sociales, pero progresiva y evolutiva. Esa avicultura que suministra al país el 80 por 100 de su producción de huevos y más del 90 de la pollería. Esa avicultura que lo es todo en el mercado, que decide, en definitiva, la producción nacional y el precio y que no crea más que algún que otro problema de **limpieza y de tráfico**.

No somos enemigos de la avicultura industrial, pero creemos debe mantenerse en muy cerrados límites. El desequilibrio entre los precios de piensos y productos, que apenas afecta a la avicultura rural, es una espada de Damocles suspendida siempre sobre la industria. Si a ello añadimos ese afán de ostentación que busca más el aplauso del visitante que el rendimiento y que recarga